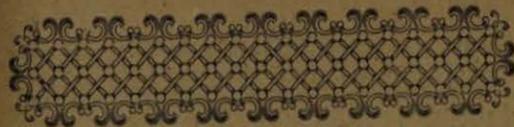


mis ojos se extingan, que mi voz se apague; aquel comercio con los héroes que han hecho de sus huesos este suelo, con los mártires que han de sus sacrificios henchido estos aires, con los pensadores y con los poetas que han puesto tantas ideas é inspiraciones en este cielo como estrellas y luz pusiera Dios, acaso me rejuvenezca, y me quede tiempo, no sólo para cantar aquella epopeya, en cuya virtud nuestra España, rota en Guadalete y refugiada en Covadonga, descendió de allí para engarzar los mares como esmeraldas en sus sandalias y los soles como diamantes en su corona, sino para cantar esta transformación en que las instituciones faraónicas se han hundido y ha llegado la libertad; y entonces, acabadas las envidias y los rencores, la nueva generación me dará un sepúlcró honrado y bendecido, y me pondrá en él de manera que pueda besar con mis labios fríos la tierra nacional, y pueda pedirle su grandeza para mi pequeñez, y para mi muerte el calor de su gloriosa inmortalidad.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento la noche del 7 de Febrero de 1838.)



## LVI

SI una crisis grave nos impone medidas excepcionales, nosotros debemos aceptar esas medidas como se acepta la suspensión de garantías, el estado de sitio y de guerra. Pero quitároslo de la cabeza: todo conato de alterar las leyes universales del cambio dará por término el resultado que todo intento de alterar las leyes generales de la física. No se puede regir el mundo moderno de la electricidad, del vapor, de las Exposiciones Universales como se regía el mundo antiguo del aislamiento y de la conquista. Los principios económicos universales en ninguna parte se muestran tanto como en nuestra hermosa ciudad. Cuanto más estudiamos la industria catalana más nos con-

vencemos de que, dada la perseverancia en el trabajo, los hábitos de ahorro, la moralidad en la vida pública y privada, las virtudes increíbles del jornalero catalán, es difícil, muy difícil que nadie le aventaje; y es fácil, muy fácil, que sostenga nuestra industria y nuestro nacional trabajo contra todo el mundo. (*Grandes aplausos.*)

Pero sea de esto lo que quiera, tened entendido que nosotros vamos á un régimen político fundado en el predominio del trabajo y de la industria, sobre todas las demás fuerzas sociales. Así es que la Exposición de Barcelona, por miles de circunstancias imprevistas, hase alzado á la categoría de un asunto internacional que despierta en toda Europa vivo y continuo interés. Las regiones vecinas al Mediterráneo están destinadas á cambiar por completo la dirección de la política universal. Ellas representan, y no pueden menos de representar, lo que representaron allá en los siglos medios: la intersección de todos los caminos, la comunión de todas las razas. Por eso despiertan tal admiración; pero entre todas, Barcelona ostenta especialísimos títulos y timbres. No ten-

drá los monumentos de Atenas tan melódiosos, no tendrá el orientalismo de Palermo, que parece una revelación de Asia; no tendrá el campo y el mar de Nápoles, donde se oyen los cantares báquicos de los dioses ebrios y el idilio griego de las sirenas y de las nereidas tirrénicas; no tendrá el manto purpúreo y la diadema de mosaico con que Venecia se orna sobre su trono de mármoles circuido por las cintas y las alfombras de sus espléndidos canales; pero tiene un timbre nunca obscurecido ni eclipsado, el timbre de su perseverancia en el trabajo y en el comercio, que le ha valido cooperar como nadie á la conjunción de Provenza, de Italia, de Grecia y de Andalucía, merced á islas ilustradas por su genio, desde las Baleares hasta Sicilia, ejerciendo en el Mediterráneo así una hegemonia, la cual, no solamente le ha granjeado la brillantez y la inmortalidad de su gloria, sino también lo grandioso y lo duradero de su poder y de su influjo. (*Prolongados aplausos.*) Nunca concluiríamos de encarecer vuestras alabanzas.

El común de las gentes parece ignorar que Barcelona sirvió de núcleo á la gran literatu-

ra de los siglos medios, en que comenzó a despertar el espíritu laico moderno; parece ignorar que Barcelona expidió las naves cargadas de productos y de ideas, merced á las cuales pudieron unirse las ciencias cultivadas en Córdoba y Sevilla con los efluvios del mundo griego, y los asomos del renacimiento en Italia; parece ignorar que Barcelona comenzó la reconquista marítima con las escuadras enviadas primero al sitio de Almería, donde se oyeron los incipientes vagidos de la musa castellana y luego al sitio de Mallorca; parece ignorar que Barcelona organizó la expedición á Lepanto y que Barcelona detuvo con sus almogávares, descritos por Muntaner y pintados más tarde por Moncada, la decadencia del imperio bizantino; que Barcelona fué la primera entre las ciudades del Viejo Mundo á ver y probar la vida exuberante que al planeta entero y al espíritu universal traía la resurrección de América, por un milagro del genio de Colón sucedida en los mismos días en que la estatua griega se alzaba de las ruinas y estallaba la libre conciencia en el humano cerebro; parece ignorar todo esto: mas llega un día, un día oportuno,

y tantos recuerdos se avivan y se producen hasta dar de sí el espectáculo presenciado esta primavera en vuestras playas, donde las escuadras que parecían destinadas para la guerra, se han unido, como anunciando un porvenir más dichoso y desvaneciendo las amenazas y los temores de un conflicto, en la obra de la libertad, de paz y de concordia, con que vuestra ciudad ha servido, no solamente los intereses de Cataluña y España, sino los intereses de Europa y América, y levantado sobre la guerra esperanzas de paz perpetua y dichosa. (*Las salvas de aplausos interrumpen largo rato al orador.*) Que no en vano pasan hechos como éstos, cuya virtud trasciende á la sucesión de todos los siglos y cuya inmanencia queda en todas las páginas de la historia. (*Aplausos.*)

Cuando nosotros paseamos por las galerías de la Exposición, solemos olvidarnos de que allí estuvo la fortaleza del despotismo y de que, donde ahora brillan los milagros del comercio y del trabajo, ayer se vió la sombra siniestra del despotismo y de la guerra. Sobre cadenas rotas, sobre patíbulos desmontados, sobre calabozos que fueron ver-

daderos sepulcros de vivientes, sobre las raíces de siniestras torres alzadas allí por la intolerancia y el absolutismo, vemos la hogaza de pan caliente salida del horno para satisfacer el hambre y la blanda que surge aérea del taller para ornar la hermosura, la sorda linterna que desentraña las obscurísimas profundidades de la mina y el espléndido faro que difunde con su resplandor la esperanza en los infinitos espacios, el estridente vibrar de la máquina que ha borrado las distancias combatiendo las tempestades del Océano y la nota melancólica del órgano que ha sacudido con los escalofríos de lo sublime nuestro ser y ha domeñado las tempestades interiores del alma, el azadón que ha abierto fecundo hoyo á la semilla en la tierra de labor y el pincel que ha puesto sus matices más brillantes en los iris del arte, la trampa en que aprisiona el cazador las ligeras aves y el telescopio en que aprisiona el astrónomo las sólidas estrellas; todo lo cual se debe á que acabaron los tiempos antiguos del privilegio, y han venido los tiempos nuevos del derecho, y á que Barcelona se alzaba sobre los hombros de su robusta democracia, y de

sus incomparables trabajadores, llevando, como la estatua de la libertad humana, que ilumina el orbe todo, en su mano la antorcha del ideal y en su frente la estrella del progreso.

(Del discurso pronunciado el 22 de Octubre de 1888 en el banquete de tres mil cubiertos que le dió el partido republicano histórico de Barcelona.)



## LVII

**Y** O digo que de la patria hay que decir aquello que se hace y se dice de la Virgen Madre. La hemos coronado de luz, la hemos vestido de velo, la hemos calzado con la luna, la hemos puesto una diadema de estrellas y una peana de ángeles, le decimos en la Letanía de Mayo: Santa bendita, refugio de todos los pecadores, consuelo de los afligidos, salud de los enfermos, y aun no hemos dicho todo lo que puede decirse de una madre. Pues diciendo cuantas palabras de loa y de amor tenga nuestro rico vocabulario, aun no hemos dicho todo lo que se merece nuestra patria.

(Del último discurso pronunciado el día 14 de Julio de 1891 en el Parlamento, discutiendo con el presidente del Consejo de Ministros Sr. Cánovas del Castillo.)



## LVIII

**N**UESTRA gloria consistió en haber leído en su frente misteriosa (Colón) este carácter creador suyo, y en haberle facilitado los medios indispensables á cumplir su ideal y á realizar su creación. Por eso nuestra patria se aparece á los ojos de todas las generaciones como el suelo donde con mayor espontaneidad y con mayor arraigo se ha criado la más enérgica entre todas nuestras facultades psíquicas, la humana voluntad. Y querer no es cosa tan baladí como á primera vista parece: con frecuencia grande sustituye y aun aventaja con creces al pensar. Uno de los más extravagantes, pero de los más profundos entre aquellos eximios pensadores que han ilustrado el siglo corriente, murió quejándose

de la gran deficiencia de voluntad por él experimentada en su raza, metafísica, religiosa, mística, pero poco volente y activa. De aquí la propensión á doblar su rodilla sobre la realidad y abismarse por la inmersión del pensamiento dentro de las meditaciones abstractas, en enajenación de sí misma, semejante á las usuales entre los yoghis de la India, sobre cuyas espaldas los pájaros anidan sin que lo sienta la fría petrificación del cuerpo y la completa carencia del sentido. De aquí aquella idea eterna, sin principio ni fin, río sin fuente, río sin cauce, río sin desagüe, corriendo en un movimiento indefinido y arrasando entre las ondas de su corriente incierta la conciencia y la libertad y hasta la moral de su raza, propensa por este mareo vertiginoso del pensar sin objeto á precipitarse de cabeza en los abismos sin fondo de una espantosa nirvana equivalente á la extinción de todo y de todos, al reinado del vacío y del silencio, á la nada, en fin, por medio del suicidio universal. Nosotros, los españoles, no caeremos en semejante neurosis. Nosotros aborrecemos y amamos. Nosotros podremos querer, como dicen los numerosos

enemigos nuestros, el mal y el error; pero nosotros sentimos, nosotros aborrecemos, nosotros amamos. Así no puede nunca decirse de nuestra España que pertenece al número de naciones conocidas por cortesanas de la fortuna próspera y de la victoria material. Había César vencido á Pompeyo, desarmado á Bruto, puesto al estoico Catón en trance de matarse para salvar la gloria de su nombre inmortal con el culto á la República patricia; y mudos el Oriente con el Occidente, á merced y arbitrio del Dictador todopoderoso; y los republicanos andaluces, los últimos republicanos, dieron tal susto en sus campos, que dijo hasta el fin de su vida César: «En todas partes he peleado por la victoria, en Munda por la vida.» Somete á su yugo Augusto el planeta conocido entonces; vence desde su cómplice y émulo Antonio hasta los vengadores de Catón, como Casio; arranca la maravillosa lengua de Cicerón á la tribuna; y mientras toda la tierra se prosterna en su presencia, una tribu de Cantabria en el apartamiento de sus montañas le impide cerrar el templo de Jano, y hace morder el polvo á las legiones de Agripa.

Levanta y reconstruye Carlo Magno el Imperio romano con la sumisión universal de nuestro continente, y unos pocos navarros esparcidos por los desfiladeros separatorios de Francia y España, le aplastan el mayor de sus doce caudillos bajo los riscos de Roncesvalles. Hechiza y encanta con su prestancia y su benevolencia nativas Francisco I en Europa desde los Sultanes hasta los Papas, y España disipa tal encanto en Pavia. Napoleón parece invencible hasta el punto de que ningún general y ningún monarca se atrevió a cortarle con su espada el paso, y la maravilla de Munda se renueva con creces en la victoria de Bailén, donde recibe aquel primer golpe que precedió y anunció el golpe último en Waterloo. No tiene Bismarck nube ninguna en el cielo de su poder, cuando tropieza por descuido en el arrecife de las Carolinas. Así por nuestra indómita voluntad hemos representado con Séneca el estoicismo, con Lucano la epopeya del vencido, con los teólogos del Renacimiento la causa del humano arbitrio contra la gracia luterana, con Cervantes la protesta de todo lo ideal contra todas las realidades impuras, con Cal-

derón aquella interior actividad que lucha en los infiernos mismos con el diablo y le dice cuando quiere vencerla éste con esfuerzo: «No fuera libre albedrío si se dejara forzar.» Pero en ninguna de sus empresas ha demostrado España esta fuerza de voluntad, que la caracteriza, como en el descubrimiento y apropiación de América.

Lanzarse al mar tenebroso; correr, sin derrotero y sin guía conocidos, aguas misteriosas; perder hasta la brújula, desviada de su norte fijo; enredar las quillas de sus naves en zargazos, semejantes á redes tendidas por la fatalidad al pensamiento y albedrío humanos; emboscarse por las selvas inexplorables; combatir con razas enteras; cruzar aguas fluviales tan extensas y profundas como las aguas oceánicas, sin orientación alguna, subir á los altos Andes entre aludes resonantes, desprendidos de las heladas cumbreras en moles gigantescas, y entre lavas escupidas por los hirvientes volcanes; después de haberse abrasado en el trópico, entrar en los estrechos del Polo; combatir, no con los hombres, con el universo, con las fiebres disueltas en los pantanos, con los rayos y cen-

tellas que azotan á latigazos, con los elementos, ¡oh! es una demostración de lo indómito de nuestra voluntad y de lo incontrastable de nuestra fuerza como no hay ninguna otra igual en la Historia. Parece un Titán de la fábula Ojeda llevando á Caonabo sujeto al anca de su caballo; bajo las magnolias del jardín de las Fléridas Ponce León aparece como restituyéndonos el Paraíso perdido; el hacha, con que ha cortado Vasco Núñez de Balboa la cruz, puesta sobre la montaña de aquella luenga tierra, desde cuyas cimas se descubre á un lado el Atlántico y á otro el Pacífico, cual si arrancara chispas á un pederal, arranca soles al cielo; una correría increíble de nuestro Hernán Cortés derriba el trono de los Aztecas, á cuyo pie arden los sacrificios humanos; heroico arresto de Soto vuelca en el mar de la vida un afluyente como el Mississipi, al par que otro arresto de Solís vuelca un afluyente como el Plata; con sólo llegar Pizarro, el imperio de los Incas se viene á tierra, y con sólo ir exploradores por los cuatro puntos del horizonte surgen las altas encendidas de Quito, se abren las selvas vírgenes del Amazonas al nombre de nues-

tro Dios y al imperio de nuestra civilización; el estrecho de Magallanes revela el paso por América de nuestras gentes occidentales al Asia; florecen especierías nunca olidas en los valles, y brotan astros nunca vistos en el cielo; al exceso de vida se alienta el espíritu moderno y se anuncia la libertad universal; por lo que, así como los griegos constituyeron el helenismo un día en Oriente, y constituyeron los romanos otro día el catolicismo en Occidente; sobre sus ídolos y fétiches rotos, sobre sus sacrificios humanos extintos, sobre sus alcázares faraónicos destruidos, sobre sus castas disueltas, sobre su despotismo antiguo desarraigado, levantarán cien venideros pueblos en el Nuevo Mundo bien pronto la religión del hispanismo, siempre que quieran agradecer á quienes se los llevaron en un día creador el soplo de la idea cristiana y los beneficios consiguientes á la cultura y á la civilización universal.

(Final de su obra *Historia del descubrimiento de América*. Año 1892.)



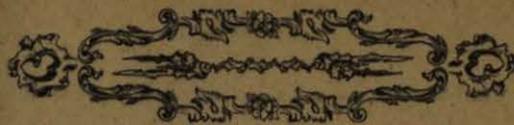
## LIX

**N**O son á la verdad nacionalidades todos los pueblos que quieren serlo. Esas sumas de hombres conocidas con el apellido de confederaciones nunca conseguirán lo conseguido por España: identificar tantas razas diversas en superior nación. Así la idolatramos, y no podemos definir esta idolatría, sino calificándola de culto filial. ¡Cuántas desgracias innmerecidas, y cuántas felicidades también, para las cuales no podemos presentar ningún título! Cuando corría mi lejana infancia, sentíame yo poseído por el culto á la santa mujer que me diera la vida y por el culto á España de que cien pruebas tengo ya ofrecidas en mi tormentosa existencia. Y muchas veces, cuando balbu-

ceaba en compendios las páginas más ilustres de nuestra historia, y veía la mirada maternal, atenta, como en éxtasis, al libro y al hijo, yo solía preguntarme allá en las indecisas interrogaciones propias de los niños: Dios mío, ¿qué mérito habré yo contraído antes de nacer para que me hayáis dado una madre tan buena y una patria tan grande? No se puede saber cuánto ama uno á su madre, sino sobreviviéndola, como por ley general se le sobrevive; no se puede saber cuánto ama uno á su patria, sino separándose de ella por proscripción y por fuerza. Todo el planeta es tierra, decía yo en mis destierros; pero no es la tierra cuya substancia llevamos en nuestras venas; toda la atmósfera es aire, pero no es el aire que recogió nuestros primeros suspiros; todo el sol es luz, pero no es aquella luz de la cual llevaremos hasta morir un beso en la frente; todos los hogares ofrecen calor y abrigo, pero no es aquel calor ni aquel abrigo que os dió el hogar santificado por las lágrimas que costaron vuestras vidas; todas las iglesias son una, pero sus campanas no sueñan como aquellas que han doblado por la

muerte de nuestros progenitores, ó que nos han traído el Ave María á los labios en la tarde, cuando pliegan las aves sus alas sobre el ramaje y despliegan los astros su luz en el espacio; todas las lenguas son humanas, pero no son aquella lengua de la cual nos hemos valido para decir madre mía y amor mío, con la cual en los labios queremos presentarnos al juicio de Dios; que todos los recuerdos más santos y todas las esperanzas más consoladoras se concentran en el culto á la patria; y toda el alma de la patria en su lengua, legado glorioso recibido de nuestros escritores inmortales, y que debemos, como vínculo sacro, transmitir de generación en generación hasta la más remota posteridad, cual merecen su gloria y su grandeza.

(Del discurso leído en la Academia Española el día 20 de Mayo de 1894 contestando al del gran dramaturgo D. José Echegaray.)



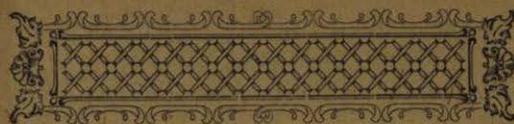
LX

**L**OS que rompieran aquellos estrechos límites puestos por las viejas supersticiones al mundo; los que mostraran la esferoidad del planeta, circunvalándolo por la primera vez; los que abrieran en pleno siglo décimocuarto el Africa occidental y dejaran en la Nigricia y en el Congo las señales indelebles de su poder y de su ciencia; los que compitieron con Venecia en el Oriente de nuestra Europa, el mar de Sicilia y de Jonia, en toda la gran Grecia, en Atenas, Constantinopla y el Asia Menor; los que, creadores como dioses, poblaran de tierras y archipiélagos el mar antes desierto; los que atravesaran el Cabo de las Tormentas y el Estrecho de Magallanes, inscribiendo sus

nombres en las estrellas de uno y otro hemisferio; los que devolvieran las olvidadas Indias del Asia en sus expediciones y abrieran al espíritu europeo China; los que hallaron el Nuevo Mundo en sus descubrimientos; padres ilustres de tantas naciones progresivas como llevan su nombre y hablan su lenguaje en el orbe, no pueden renunciar á un ministerio para el que los ha dotado con propensiones invencibles y facultades múltiples la próspera Naturaleza.

Por consecuencia, todo lo que coopere á mantener viva la esperanza de superiores destinos reservados á nuestra familia hispana en el Viejo y en el Nuevo Continente, debe aplaudirse por quienes creemos en los milagros de la libertad ya conseguida y amamos sobre todas las cosas criadas á la santa patria, ya puesta por nuestros esfuerzos comunes en las vías del humano progreso.

(De su artículo titulado *Fe*, publicado en *El Liberal* el día 21 de Febrero del año 1897.)



## LXI

**B**RINDO ante un heroico general, acribillado de cicatrices gloriosas, estrellas en su cuerpo resplandecientes de honor, según las llamaba el primero de nuestros ingenios; brindo por nuestro inmortal ejército, continuador en los trópicos de las nacionales epopeyas históricas; brindo por el pueblo que tantas virtudes muestra en esta ocasión suprema y tantos títulos tiene, sereno entre solicitudes rebeldes al gobierno de sí mismo; brindo por aquellos que desde las alturas del poder social, desde las alturas del Gobierno del Parlamento, del derecho, del periódico, del comercio, del capital, cooperan á mostrar que constituimos una grande nacionalidad, no sólo incommovible, también inago-

table; brindo por la integridad y la totalidad del suelo patrio, no ya menguado y escindido, cual quieren cuatro locos, incapaces de comprender la nobleza colectiva y secular y espiritual que á cada español aquista en nuestros luminosos anales; no ya roto, dilatado, cuando lo quieran todos los hijos de nuestra Península, y lo querrán á una con voluntad soberana; no roto, dilatado desde los desagües del Tajo hasta las cumbres del Pirineo, con sus inseparables colinas del extremo Oriente y del extremo Occidente; brindo por la unidad del Estado inconsútil, por la unidad del habla nacional, por la unidad en legislación civil y económica y política sobre la tierra nuestra de aquende el Océano, una é indivisible; brindo por la sustitución del combate que destroza y saquea y quema y mata, con el trabajo que produce y vivifica; brindo por la paz de Cristo entre los hombres para que la tierra sea un resumen del cielo y la humanidad sea un retrato de Dios.

He dicho.

(De un discurso en el banquete ofrecido á D. Luis Morote á su regreso de la campaña de Cuba el 23 de Marzo de 1897.)



## LXII

**E**s tan cierto cuanto digo de la mujer, que acostumbramos á personificar en ella todas las entidades mejores y más hermosas del mundo. Así debemos hablar ahora de otra mujer, buena y hermosa también, de nuestra ciudad, de nuestra madre, de Cádiz, nuestra patria. ¡Cuántas relaciones entre las aptitudes varias del alma y los espacios donde el alma por vez primera brilla ó amanece! La filosofía moderna cree descifrar el origen misterioso de las especies por el espacio que las rodea, por el aire vívido que respiran, por el suelo donde se nutren. Indudablemente debimos nacer sobre un escollo del Océano infinito los destinados á las luchas políticas, porque si hay ciclones en el

Océano, jamás tan fragorosos, jamás tan desoladores, jamás tan terribles como los ciclones que sacuden á los Estados; si hay oleajes férvidos, jamás tan espantosos como los hervideros de las pasiones humanas; si hay abismos, jamás tan oscuros como los abismos de la sociedad; si hay tormentas, jamás tan acerbas como la calumnia ó como el desengaño; y así, quien debió luchar medio siglo por la libertad absoluta, por la democracia progresiva, por la soberanía nacional, estaba destinado, para que pudiese afrontar el vilipendio y el ultraje sembrado por el mal en los caminos del bien, á tener su cuna donde había de combatirla siempre la tempestad y el huracán, acostumbrándose y curtiéndose desde su nacimiento á las cóleras del cielo y á las injusticias del mundo.

Pero consideremos históricamente á nuestra patria. Y considerándola históricamente, no puede negarse que ha prestado servicios á la humanidad innumerables. Una ciudad no puede parecer á los ojos, que miran las cosas humanas, desentrañándola y reconociendo su razón de ser, como suma en acervo confuso de seres, adheridos unos á otros por

la casualidad, que al montón los arroja. Tienen los pueblos ó naciones su entidad propia, como también las ciudades. Cada una de las grandes é históricas forma una personalidad hasta en el arte, y en esferas más espirituales que el arte mismo, en la filosofía. Los sistemas filosóficos no me dejarán en este punto mentir, cuando toman carácter y nombre de las ciudades varias donde han brotado y crecido. La escuela de Atenas se dice aún á la escuela filosófica brotada en las orillas del mar heleno, bajo la sombra de los plátanos del Pireo. Y lo que pasa en filosofía, pasa en arte con mayor motivo. Escuela sevillana se dice la serie de pintores ilustres nacidos en Sevilla. Pues Cádiz representa un verdadero núcleo en el conjunto de las relaciones humanas. Desde los pastores nómadas del viejo mundo caldeo, cual Abraham que llevaba á la vista sus ganados y sus tiendas sobre los hombros, hasta los audaces descubridores, como Colón, de nuevos mundos, que reciben de Dios el don creador; ¡cuántas evoluciones progresivas no ha tenido que hacer el hombre y cuántos esfuerzos titánicos que emplear para ir del de-

sierto inmóvil al movable Océano! De la tienda cubierta por el cielo caldeo ha tenido que pasar á la barca fluvial; de la barca fluvial á la nave mediterránea; de la nave mediterránea á la nave intermediterránea, á la nave oceánica; de la nave oceánica á la nave interoceánica, que surcará todas las aguas y conocerá todos los cielos, dejando tras de sí una luminosa estela espiritual, en cuyos destellos se animarán las humanas civilizaciones y toda su cultura. La tienda de Abraham representa la sociedad patriarcal y nómada; la barca de Ninive y de Menfis, tienda móvil, representa las relaciones fluviales entre los hombres, nacidas primero en el Eufrates y dilatadas luego al Egipto; el sitio donde se levanta Tiro, la iniciación ó el comienzo de la cultura oriental mediterránea; el sitio donde se levanta Cartago, la iniciación ó el comienzo de la cultura occidental mediterránea; y tras estas ciudades ya pueden venir Atenas á traernos el arte humano y Alejandría el verbo divino, Jerusalén la mitad de Dios y Roma la mitad completa del derecho civil y del humano linaje; hasta que comienza la civilización oceánica el día

mismo en que Gades se levanta como una ciudad reveladora sobre los escollos del Océano, para que los resplandores de su espíritu iluminen la salida del Mediterráneo y la entrada en el Atlántico, esclareciendo desde el gaditano estrecho hasta las islas afortunadas, y creando de nuevo el perdido paraíso de los Atlántidas con la preparación en siglos de siglos del descubrimiento de América. Pero con ser tan gloriosos los timbres de Cádiz en las edades pasadas, osténtalos aún mayores en las edades modernas. Para mí no existe gloria igual en los anales del Parlamento á la gloria de aquellas Cortes, á que ha dado Cádiz su nombre imperecedero en la tierra. No quisiera hacer convicción alguna porque conozco cuántas y cuán contradictorias podrán reinar en este culto y distinguido auditorio, pues donde quiera se reúne un ciento de personas, se dividen por fuerza en derecha, centro ó izquierda, con especialidad, por lo concerniente á la política. Mas por mucho que podamos disentir, no podemos desconocer como hay en el alma de estas generaciones contemporáneas una creencia común sobre la inevitable

necesidad social del régimen parlamentario moderno, á que debemos desde la seguridad de nuestros espíritus, hasta la seguridad de nuestros hogares. ¿Y dónde nació este régimen parlamentario constitucional, cuyas raíces no desarraigan del suelo patrio nunca, ni los esfuerzos del absolutismo por reaparecer, ni los esfuerzos de la demagogia por triunfar? Pues nació en Cádiz. Entraba yo ayer en San Felipe, y al verlo sentíme conmovido, como si viera uno de los capitales núcleos donde se ha concentrado el éter de los progresivos ideales humanos. Para comprender todo cuanto yo sentía, necesitábase convertir los ojos al mundo que precede á la Constitución de Cádiz y luego volverlos al mundo que subsigue á la Constitución de Cádiz. Yo me decía, recogido en mí propio, antes de reunirse aquí aquellos legisladores, inspirados, en quienes no sabe uno qué admirar más, si la clara ciencia del pensamiento progresivo creador ó la moral pura y el desinterés completo que sentían, tan enamorados de la libertad como de la patria, y tan circunspectos en innovaciones, que á otros pensadores enloquecieron, como tomados de un

mosto recentísimo, antes de congregarse aquí aquellos titanes, pudo una perversa mujer abrir nuestras líneas naturales de defensa, los Pirineos, y nuestras fortalezas militares al irruptor, al extranjero, en requerimiento y busca de una corona real para su favorito; después de tales y tan sublimes legisladores, no podía repetirse tamaña infamia, porque proclamaron ellos contra la idea patrimonial que hacía de los reinos un predio y de los súbditos un ganado, traspasables y vendibles, la idea de nación, coronada por el principio de los principios, por el dogma de los dogmas, por el derecho de los derechos, por la soberanía nacional. Aun estaba fresca la tinta con que habían escrito nuestros serviles amos en Bayona la cesión del país al extranjero, cuando trazaron los reunidos en este Cenáculo de todas las ideas progresivas, sobre un altar donde se instituyó la comunión de todas las libertades, el dogma que concluía con las cesiones malditas, con los fraccionamientos feudales, con el traspaso de territorios entre reyes tan dañoso á nuestra histórica grandeza, el dogma de que la nación española no será patrimonio

jamás de ninguna persona, ni familia, con el cual dogma hemos establecido intangibles é inviolables nuestra integridad y nuestra independencia. Antes de las Cortes de Cádiz la terrible amortización, sólo los cuerpos que significaba, como su nombre indica, la muerte, y con la terrible amortización sobre los campos, las vinculaciones en los hogares, que llevaban el azote de los privilegios y el cáncer de la desigualdad al seno de las familias; después el incommovible principio sobre que descansan las sociedades modernas, nuestra propiedad individual; antes la tasa en toda venta de productos y las prohibiciones en toda circulación de cambios, detenidos por el aduanero interior, después la expansión del comercio en todo nuestro territorio; antes el trabajo y los trabajadores, organizados por manera oficial, en guisa de batallones, por gremios privilegiados, los cuales sufrían restricciones atentatorias á su vida y daban la correa y la prestación feudal, después el trabajo libre; antes, la limitación opuesta por todas partes al industrial para explotar las industrias humanas sin un previo poder de las autoridades cons-

tituidas, después la posibilidad completa de seguir todas las vocaciones; antes la limpieza de sangre pedida para innumerables carreras, después el reconocimiento á todos los españoles de sus derechos á ejercer los cargos públicos; antes el hogar abierto al esbirro, después el hogar cerrado á las extrañas invasiones como un verdadero santuario de nuestra personalidad; antes la Inquisición devorando en sus hogares el pensamiento libre, después el alma del hombre abriendo sus alas en lo infinito y recorriendo á su agrado el ideal que se levanta desde las entrañas del globo hasta las coronas del Eterno, por todo lo cual debemos decir y declarar que todos aquellos pensadores, elegidos entre los estrechamientos de la guerra y llamados en el naufragio de las conquistas á fundar de nuevo una grande nacionalidad, rota por el absolutismo, no solamente aplicaron los principios filosóficos á las sociedades modernas, al bienestar público, en instituciones incommovibles, en leyes inalterables, en principios de justicia eterna, sino que cristalizaron dentro de la realidad y transmitieron cristalizados á las generaciones futuras los creadores principios

del Sermón de la Montaña y los dogmas sociales del divino Evangelio. Yo, ayer contemplaba la hechura del templo donde se reunían las Cortes, y por ella explicaba lo más saliente de aquel genérico período; la influencia del pueblo gaditano en la gaditana constitución. Su forma, la forma del edificio, permitía poner la presidencia donde hoy está el púlpito; poner los diputados donde hoy están los fieles; cual pusieron los primeros cristianos sus Basílicas dentro de las audiencias romanas, y en las tres series de galerías próximas, unos el pavimento, y otros la bóveda, poner el pueblo, el público, quien pecaba con sus aplausos y con sus protestas, como era natural en aquellos tiempos de fervido amor patrio, y de naciente nuevo ideal progresivo, sobre la legislación y los legisladores, compenetrándolos con la pública opinión y con el sentimiento público de la ciudad, Musa y Pitonisa de todas las libertades. El Océano inmenso, el viento desatado y libre, los sueltos oleajes indomables por las fuerzas y los poderes humanos, el trabajo que todo lo santifica, el comercio que al abrir los cielos del planeta con sus viajes y comunica-

ciones también abre los cielos del pensamiento y del arte, aquellos pilotos acostumbrados al combate, aquellos peregrinos que discurrían por todos los climas, trajeron aquí, después del Rey filósofo Carlos III, y de la Enciclopedia que llevó al pueblo una gran cantidad de filosofía progresiva, cultura tan conocida que se llamará por toda una eternidad el primer código fundamental nuestro, la Constitución de Cádiz, pues Cádiz lo dictó con su pensamiento y lo animó con su espíritu. Y nunca tan indispensable invocar las Cortes de Cádiz como ahora, porque aquellas Cortes no se contentaron sólo con proclamar el principio de la soberanía nacional, partieron de otro principio todavía más alto y más vivificador, partieron del principio sagrado, que debemos, repito, invocar y evocar ahora más que nunca, partieron del principio, para cuya conservación os pido toda la fe de vuestras inteligencias y todo el fervor de vuestros corazones, la santa, la integérrima, la eterna unidad nacional. ¡Cuál reacción insensata la promovida por tantos locos de la derecha y de la izquierda como aparecen hoy en requerimiento de un retroceso medioeval, y cuyo

resultado cierto sería la recaída en el feudalismo, pues se desorganizarían los órganos esenciales á la patria con descoyuntamientos arqueológicos, y se desvanecería, como un sueño, aquel oxígeno traído á nuestra vida por los grandes legisladores del siglo, nuestra madre alma, sola y vívida, la unidad nacional! Lo dije hace cuatro años en Sevilla, y en Cádiz lo repito ahora. Por eso admiro yo con admiración inextinguible Andalucía, Cabeza del europeo continente; descubridora y conquistadora del Nuevo Mundo; en la posición más feliz y en el más vivificante clima de todo este orbe; con su corona de metales preciosos al Norte y con el enlace de sus dos mares al Mediodía, en esa gigantesca esmeralda que llamamos el hercúleo estrecho; á un lado Africa y enfrente América, cual si le debieran pagar tributo los mundos más contrarios; revestida de cultura mencionada en los más antiguos documentos en la memoria universal, en Homero y la Biblia; después de haber tenido cuatro civilizaciones tan luminosas como la fenicia, la romana, la semita, la moderna, dando poetas y pensadores á Roma y á Damasco y á Sicilia, los

cuales, ó ya escribieron el testamento de la estoica, ó ya resucitaron el genio griego y el crepúsculo último de la idea clásica para que pudieran escribirse la Suma, las Partidas, el poema dántesco; llevada sobre las multicolores alas de artistas como no hay otros en los anales históricos, pues nadie ha pintado el éter cual Murillo y nadie la vida cual Velázquez; por un cielo ceñida lleno de astros y por un manto cubierta sembrado de flores; pudiendo constituir, según su nobleza en el tiempo y su hermosura en el espacio, una sola nación, jamás abrigó ni un regionalista; y todos sus hijos, ajenos á las neurastenias reaccionarias y demagogas que se juntan como dos tinieblas en el abismo de un pensamiento coático, quieren ser españoles, y se les aparece á una España, con toda su grandeza, porque los españoles podemos pecar, pero España es impecable; los españoles podemos equivocarnos, pero España es infalible; los españoles podemos morir, pero España es inmortal; Virgen y Madre; ceñida por luz increada, puesta sobre la serpiente del mal, envuelta en su cerúleo manto, recibiendo del Eterno siempre la idea que todo